

al que le recibía para emprender galanteos locos, y aun casi idólatras, claro está que la vela de las armas era ya tentar á Dios, buscándole para apoyo de la maldad. CERVANTES, lleno de prudencia y de religion, se burla de este abuso; pero, para no profanar con las burlas los lugares sagrados, hace que la vela de Don Quijote sea en el patio, dando el ventero la excusa de estar caída la capilla.

Aquel mirar como cosa sagrada las armas de un caballero, á las cuales ninguno podia tocar sin serlo, está graciosamente ridiculizado en la aventura de los arrieros que iban á dar agua á sus recuas; y en la extraordinaria manía de Don Quijote, que quiso que en adelante se llamasen *Don* las dos mozas que le habian ceñido la espada y calzado las espuelas, está pintado con una graciosa ironía el capricho de mirar como dignas de la mayor atencion todas las personas ó cosas que tienen alguna relacion con un caballero: capricho que ha autorizado á muchos para que, con el salvoconducto de una librea, se atrevan á cometer desórdenes y á no respetar á la justicia.

De un principio tan ajeno de toda razon como dar facultades y preeminencias quien ninguna autoridad tenia para darlas, y de unos campeones que empezaban la carrera de sus hazañas con la supersticiosa profanacion de las cosas sagradas, solo podian esperarse atropellamientos injustos, trastorno de la sociedad, desprecio de las leyes, y una continua transgresion de la moral cristiana y de los primeros preceptos de nuestra religion; pero cubiertos todos estos desórdenes con la brillante apariencia de procurar el bien de todos. En las varias y extrañas aventuras de Don Quijote se ven pintados todos estos abusos con tal viveza, que basta, para detestarlos, mirar en sus pinturas la vergonzosa ridiculez de los originales.

Á cualquiera le provoca á risa la extravagancia de Don Quijote en querer que unos hombres á quienes casualmente encontró en el camino confesasen que la hermosura de Dulcinea se aventajaba á la de todas las mujeres del mundo; y esto sin que ellos la hubiesen visto, ni tuviesen la menor noticia de quién era. Á la verdad, el que leyere este pasaje conocerá claramente que estaba loco quien tal disparate pretendia. El mismo concepto formará tambien viendo el reto que en medio del camino de Zaragoza hizo á todos los que no quisiesen confesar *que á todas las hermosuras y cortesias del mundo excedian las que se encerraban en las ninfas habitadoras de aquellos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de su alma Dulcinea del Toboso*: y todos mirarán estos retos como tan disparatados, que se persuadirán á que solo pudieron existir en la fantasia de un poeta. Pero esto mismo, que nos parece increíble por descabellado, es lo que encontramos celebrado en varias historias antiguas. El famoso Hernando del Pulgar, en su libro de los *Claros Varones de España*, ensalza hasta el extremo la famosa locura de Suero de Quiñones en la defensa del paso de Órbigo, perpetuada en un libro intitulado *El Paso honroso*. El mismo Hernando del Pulgar, coronista de los Reyes Católicos, conoció á Don Gonzalo de Guzman, á Juan de Merlo, á Juan de Polanco, á Alfaran

de Vivero, á Pero Vazquez de Sayavedra, á Gutierre Quijada, á Diego de Valera, y otros, que se fueron por los reinos extraños á hacer armas con cualquiera caballero que quisiese hacerlas con ellos, sin otro objeto que lo que llamaban *ganar prez y honra*. Vé aquí los originales que copió CERVANTES en los ridículos retos de Don Quijote, y los que supo retratar con tal destreza, que, conservando todos los caractéres, en que se nota lo parecido de la copia, descubrió todo lo ridículo y despreciable de unas acciones que, aunque prueban el valor de quien las emprende, descubren al mismo tiempo el poco juicio de quien las imagina.

De aquí han querido inferir varios extranjeros, y aun algunos españoles, que el QUIJOTE destruyó las ideas del honor y extinguió el fuego marcial que ardía, como en su propia esfera, en los corazones guerreros de los invencibles españoles. Pero CERVANTES, que habia pasado su juventud en la verdadera escuela del valor, que es la guerra; CERVANTES, que, cargado de cadenas, habia sabido procurar su libertad y la de sus compañeros, con acciones las mas arrojadas que conserva en la historia de los siglos la memoria de los hombres; CERVANTES, que, gloriándose de sus heridas, dijo *que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga*; CERVANTES, finalmente, que supo manejar con tanta libertad la espada como la pluma, así como conocia que la intrepidez del valiente soldado no debe detenerse por obstáculos ni riesgos, sabia tambien que el verdadero valor nace de la razon, y que no merece el nombre de valiente el que no gobierna sus acciones con la invariable regla de la justicia.

Los que han querido defender que el espíritu caballeresco era útil para mantener la honradez en los nobles, el valor en los militares y el pundonor en las damas, parece que no tienen siquiera noticia de lo que son los libros de caballerías; pues basta su lectura para conocer que estas monstruosas y perjudiciales novelas destruian el verdadero concepto de la honradez y de las obligaciones características de los nobles; que desfiguraban la idea del valor, torciéndole á lo injusto y haciéndole degenerar en temeridad reprehensible; y finalmente, que, al paso que colocaban el pundonor de las damas en puras exterioridades, franqueaban la puerta para la disolucion mas abominable, enseñando tercerías, tratos clandestinos, robos y otras abominaciones, que doraban con solo pintarlas como ejecutadas con esfuerzo ó con temeridad.

En los tiempos del gobierno feudal, en aquellos siglos en que no habia mas ley que la fuerza, es cierto que podian ser útiles los desfacedores de tuertos. Entonces podia decirse que esta expresion significaba las obligaciones de todo caballero empleado en defender á las viudas, proteger á los huérfanos y defender á los injustamente perseguidos. Pero CERVANTES escribió en un siglo en que, ya establecidas en un pié respetable las monarquías, habia en ellas leyes que prohibian estos desórdenes, magistrados que cuidaban de la observancia de estas leyes y de proteger á los oprimidos, y finalmente, monarcas á quiénes apelar de los agravios

que pudiesen hacer los mismos magistrados: siglo en que, según toda razón, debían ser, no solo inútiles, sino perjudiciales á la distribución de la justicia, esos hombres que á fuerza de armas quisiesen desfacer tuertos. Porque, supongamos que los magistrados faltasen á la distribución de la justicia, y que el soberano, engañado, cerrase los oídos á las quejas: si en este lance (que es el más estrecho que puede suponerse) saliesen esos hombres armados á restablecer la justicia que no administraban ni los magistrados ni el príncipe, el remedio de una injusticia particular produciría innumerables injusticias.

Pero si, por desfacedores de tuertos, entendemos los caballeros ú hombres poderosos que emplean su autoridad y poder en beneficio de los desvalidos, autorizando sus quejas en los tribunales, sirviéndose de su cercanía al trono para que lleguen á los oídos de los soberanos los ayes de los miserables, que suele apartar la adulación, y finalmente socorriendo sus necesidades con las copiosas sobras de sus rentas, no hay duda en que estos son utilísimos en el mundo; mas también es cierto que ni eran estos los campeones celebrados en los libros de caballerías, ni los impugnados en el QUIOTE, y que, por consiguiente, su autor está libre del cargo que quieren hacerle de haber despojado á la nobleza de los pensamientos heroicos y grandes que hicieron eterna la gloria de sus progenitores.

No eran menos contrarias las novelas caballerescas á la idea y concepto que debe formarse del verdadero valor, pues en ellas se destruían las justas causas que deben ponerle en ejercicio, sustituyendo otras que son ilegítimas y viciosas; se referían hechos que, por increíbles en el orden natural, eran incapaces de excitar á la imitación, y así solo producían una admiración inútil; y finalmente, se recurría para las principales acciones á una especie de máquinas que trasformaban el valor en cobardía.

Cuando el valor de los súbditos se ha reunido bajo la conducta de un caudillo, ha producido sin duda las acciones más gloriosas y más útiles para el beneficio de los pueblos. Pero este mismo esfuerzo, separado y dividido en bandos y facciones particulares, ¿qué perjuicios, qué destrozos, qué ruinas no ha causado á las naciones? Pues si miramos con ojos filosóficos y desapasionados el origen de estos males, veremos que no ha sido otro que el querer sostener la autoridad particular contra la pública y legítima.

Las fuerzas que tenían los particulares, y que habían servido para la defensa de los estados, separadas de este digno objeto se emplearon unas contra otras, en daño de los mismos particulares y del comun. Cada uno, porque era caballero y fuerte, creyó poder sostener sus derechos con sus armas, y canonizaron con el nombre de hechos valerosos las hostilidades cometidas contra sus mismos conciudadanos, y las rebeliones contra sus señores legítimos. En esto colocaban el valor las novelas caballerescas, pintando héroes respetados por la fuerza de su brazo; héroes á quienes los mismos soberanos hacían la corte, creyendo que de

su capricho dependía la firmeza de sus tronos, y que, si los descontentaban, eran capaces con sus esfuerzos de reducirlos, del alto estado de reyes, al miserable de mendigos.

CERVANTES, que era más filósofo de lo que muchos creen, descubriendo una de las principales fuentes de estos daños en el errado concepto que hacían formar del valor y mérito de los caballeros estas monstruosas novelas, reprende este vicio, pintándole con toda su ridiculez, cuando Don Quijote refiere á Sancho la llegada de un caballero á la corte de un poderoso rey, las distinciones que este le hace, y finalmente, que el caballero le saca victorioso de sus enemigos, venciendo muchas batallas y ganando muchas ciudades. Pero, antes que Don Quijote haga esta menuda descripción de los heroicos hechos del caballero imaginario, tiene una conversación con Sancho, en la cual se da á conocer más claramente el objeto de CERVANTES. Propone Sancho á Don Quijote que, en lugar de andarse por el mundo buscando las aventuras, se vayan á servir en la guerra á algún emperador ó príncipe, y le demuestra con razones sencillas, pero convincentes, que aquel era el medio mejor de acreditar su valor y alcanzar recompensas dignas. Don Quijote, convencido con la fuerza de la verdad, le dice que tiene razón; pero le añade *que, antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras*. Vé aquí pintado al vivo el desvariado concepto que tenían del valor y del modo de acreditarle. Antes de emplear el esfuerzo en el servicio y defensa de la patria quiere adquirir nombre con aventuras injustas y perjudiciales. Si es este el espíritu que echan menos los impugnadores del QUIOTE, desde luego les concederemos que CERVANTES pretendió extinguirle. Pero sepan que, á pesar de sus discretas burlas, ha durado largo tiempo esta desatinada creencia; que han sido menester muchas leyes y mucho rigor para contener los frecuentes desafíos que producía el arraigado error de querer acreditarse de valientes fuera de las campañas; que en España se ha disminuido mucho este daño, no tanto por las sátiras de CERVANTES, cuanto por las sábias providencias de los soberanos de la casa de Borbon, y que, sin embargo, vemos aun lastimosamente en nuestros días que quieren acreditar su valentía, en un duelo particular, algunos que quizá no son capaces de mostrarla al frente del enemigo.

No paraba aquí el perjuicio que las novelas caballerescas causaban al verdadero valor. Además de sacarle de su natural esfera, que es la guerra, y emplearle en acciones temerarias é injustas, le pintaban con tales colores que, al mismo tiempo que aparecía digno de la mayor admiración, se descubría incapaz de ser imitado. Aquel ponerse un hombre solo delante de un ejército entero, y desbaratar sus escuadrones, arrebatarle sus banderas y ganar una completa victoria, á cualquiera le parecerá que más es un milagro que un hecho valeroso. El derribar las murallas de un castillo, arrancar las puertas de una torre, y otras cosas semejantes, se miran como hechos de unos hombres de extraordinaria fuerza, y muy distantes